

GANADOR DEL CONCURSO DE MICRORRELATOS 2023

Ni podía subir, ni podía caer

La soga rasgaba las muñecas de Tana, incapaz de moverse. El doctor Séfos afilaba lentamente las tijeras oxidadas. Sus ojos blancos miraban fijamente a Tana, su sonrisa inspiraba pánico. Tana trataba de deshacerse del nudo, pero sus heridas se abrían más, dejando caer un río de sangre caliente..

El doctor se levantó repentinamente, y con las tijeras en mano, avanzó rítmicamente hacia

Tana. Ella las observaba, viendo cómo se abrían y se cerraban, temiendo qué iban a hacer con ella. Cuando Séfos estuvo a escasos centímetros, se detuvo, y acercó su cara a la suya. Tana le miró impotente, sabiendo que no podía hacer nada. Séfos levantó las tijeras, y las acercó a su boca. Cuando vio que Tana permanecía con los labios cerrados, metió los dedos a la fuerza y la abrió, clavando sus uñas astilladas en la lengua. Con la otra mano introdujo las tijeras, y Tana sintió cómo la bilis subía por su esófago. Antes de que pudiese vomitar, Séfos cerró las tijeras y la campanilla cayó, bloqueando su faringe. El dolor vino acompañado del regusto metálico de la sangre que comenzó a llenar la cavidad. El vómito quería subir, la sangre quería caer. Séfos forzó a Tana a cerrar su boca, impidiendo que el líquido rojo saliese y le manchase. Séfos acercó sus labios a los de Tana y la besó, mientras esta se ahogaba en su propia sangre. El vómito quería subir, la sangre quería caer, Tana quería morir.